

espacio, tiempo y movimiento, tampoco en nuestra autodefinición de humanidad y poco a poco se abre un lugar en otras ciencias ajenas a la física, como la antropología la cual, va clarificando el comportamiento de la concepción cuántica de la energía.

No es solo la energía cuántica lo que se involucra, sino sobre todo la conciencia de lo que se cree, se dice y se piensa, verbigracia, lo que ocurre en un ritual a la Madre Tierra o a la lluvia. Cualquiera puede poner a prueba que, con la imaginación y la conciencia, entendiendo a la conciencia como la capacidad de tener autoobservación, y a la imaginación como una capacidad del cerebro que trasciende al cerebro, estaremos en la potencialidad del viaje interdimensional y quizá, con suerte, podamos reconsiderar la personificación de la naturaleza sin, supuestamente, perder el equilibrio mental ni condenarnos a un fuego interminable. En otras palabras, si la física cuántica puede ayudar a Occidente en la comprensión de la naturaleza como una persona, es debido a los aspectos imaginativos y conscientes que se involucran en la realización de los ritua-



Muñeca con vestimenta tradicional en el desfile de feria.
Fotografía: Jorge Guevara Hernández

La COVID-19 vs. Antropología

Eduardo Sánchez Velasco
Centro INAH Tlaxcala

*El mal de nuestro tiempo consiste en la
pérdida de la conciencia del mal.
Krishnamurti*

La pandemia –creemos– nos ha hecho ver que nuestras actividades cotidianas, laborales y profesionales han sido rebasadas. Entre estas últimas podemos incluir –de forma general– a la antropología.

Un suceso biológico nos ha trastocado de diferentes modos y lo más dramático es que no sabemos con certeza hasta cuándo y de qué manera nos cambiará. ¿Acaso aprenderemos a convivir indefinidamente con otro virus?, ¿continuaremos con nuestro miedo, enclaustramiento y adaptando nuestras actividades antropológicas a las circunstancias?

En coexistencia con el coronavirus, en medio de la experiencia, buscamos detenernos y otear con dificultad para poder contar la historia de la cual somos parte; desde el interior nos cuestionamos de qué forma, cómo y dónde estamos viviendo la pandemia los antropólogos. Nosotros, –supuestamente– versados en el trabajo de campo y en el contacto con la gente; sobre todo, en el ejercicio de la “observación participante” que nos define. Los mismos que, ahora transformados, nos hemos recluido en nuestros gabinetes, afanándonos –qué más podríamos hacer– en armar modelos teóricos que den cuenta de la COVID-19 y sus probables consecuencias.

Inducidos por la institucionalidad –para sobrellevar el hastío–, continuaremos en otra ocasión, la ya infinita retahíla de testimonios sobre la enfermedad. Por ahora únicamente abordaremos estos como tópico o tema para discurrir de modo breve lo que representan y sus implicaciones.

En medio de la pandemia y ante un virus ignoto, lo único que de momento alcanzamos a hacer es la crónica de un evento que no logramos explicar. Pero, en nuestro caso, mejor reflexionaremos sobre el testimonio en general.

Como testigos, mostrar realmente nuestro relato tiene infinidad de matices. Si fuera tan sencillo, no sería necesario ningún exhorto. Nuestros discursos¹ y cada uno de nosotros sería transparente, sincero en un continuo desahogo o en una enorme catarsis.

En Occidente, hablar de uno mismo se ha excluido en nombre de la cientificidad y de lo objetivo, se ha ponderado lo cuantitativo, la causalidad, el impoluto fenómeno sin subjetividad. En lo humanístico, el científico social, en nuestro caso el antropólogo, muy poco habla de sí mismo y cuando lo hace, lo relega a notas marginales o al diario de campo que no suele hacer público, porque teme perder la objetividad. Además, es complicado hablar de uno mismo, de nuestras más –pongo de relieve– íntimas vivencias. Ni siquiera nos enfrentamos a ese *otro*, que es parte de uno mismo, ese doble o sombra² que mostró C. G. Jung:

Cada uno de nosotros lleva consigo[...] una persona afable en la vida cotidiana y otra entidad oculta y tenebrosa que permanece amordazada la mayor parte del tiempo. Bajo la máscara de nuestro yo consciente descansan ocultas todo tipo de emociones y conductas negativas –la rabia, los celos, la vergüenza, la mentira, el resentimiento,

la lujuria, el orgullo y las tendencias asesinas y suicidas, por ejemplo–. Este territorio arisco e inexplorado para la mayoría de nosotros es conocido en psicología como sombra personal [...] la sombra personal se desarrolla en todos nosotros de manera natural durante la infancia, cuando nos identificamos con[...] rasgos ideales de nuestra personalidad –como la buena educación y la generosidad, por ejemplo, cualidades que, por otra parte, son reforzadas sistemáticamente por el entorno que nos rodea– [...] al mismo tiempo, vamos desterrando también a la sombra aquellas otras cualidades que no se adecuan a nuestra imagen ideal –como la grosería y el egoísmo, por ejemplo– de esta manera, el ego y la sombra se van edificando simultáneamente, alimentándose[...] de la misma experiencia vital.

¿Cómo entonces atrevernos a hacer públicas nuestras experiencias durante la pandemia? Por cumplir, presentamos casi siempre generalidades, como se ha hecho –y, creemos, continuaremos realizando–, pero no lo subjetivo o personal. Esto –se arguye, además– corresponde a la psicología, sin percatarse de la unidad que fueron las diferentes disciplinas.

Por esto casi siempre aparece el antropólogo parapetado en su investigación, centrado con obsesión en el otro, imponiéndole su discursividad. En lugar de asumir que la comprensión es dialógica o circular. Ahí donde recibimos y damos información; él escoge desaparecer del texto, dedicándose a atiborrar con audiovisuales y datos, además de hacer historia –aunque desconozca la historiografía–, sin descubrir desde dónde habla, cuáles son verdaderamente sus intereses académicos, económicos, libidinales, existenciales y de poder, lo que nombramos personal o íntimo.

Ahora –a grandes rasgos– recordamos cuando Jung afirmaba, que somos seres imperfectos:

por más que queramos negarlo somos imperfectos y quizás sea precisamente la sombra –las cualidades que no aceptamos de nosotros mismos, como la agresividad, la vergüenza, la culpa y el sufrimiento, por ejemplo– la que nos permita acceder a nuestra propia humanidad.⁵

Tenemos un ego y una sombra, y a esta la podemos entender como un costal, al que enviamos todo lo que no nos gusta de nosotros mismos. Pues, vivimos presentando o debiera decir, representando con la mejor cara; y lo que consideramos malo o desagradable lo llevamos a la sombra, lo arrumbamos en el saco. Pero esto que ocultamos en ocasiones vuelve y nos asalta continuamente en nuestra cotidianidad:

[...]aunque no podamos contemplarla directamente, la sombra aparece continuamente en nuestra vida cotidiana y podemos descubrirla en el humor en los chistes sucios o en las payasadas[...] que expresan nuestras emociones más ocultas, más bajas o más temidas. Cuando algo [es] muy divertido, o el descubrimiento de un tabú corporal. Molly Tuby describe seis modalidades diferentes para descubrir a la sombra[...] en los sentimientos exagerados respecto de los demás, en el feedback negativo de quienes nos sirven de espejo, en relaciones en las que provocamos de continuo el mismo efecto perturbador sobre diferentes personas, en acciones impulsivas o inadvertidas, en situaciones en las que nos sentimos humillados, en los enfados desproporcionados por los errores cometidos por los demás, [y] también cuando nos sentimos abrumados por la vergüenza o la cólera o cuando descubrimos que nuestra conducta está fuera de lugar, porque descubrirla puede [ser] una amenaza terrible para nuestra propia imagen, por [eso] rechazamos rápidamente las fantasías, pero la sombra suele retroceder con la misma prontitud con la que aparece.

Sin embargo, el culpable es nuestro ego, no la sombra, esta es un tesoro si

accedemos a hablar y reconciliarnos con ella, pues la sombra

No siempre es el mal, es únicamente lo opuesto al ego. Jung dijo que la sombra contiene un 90% de oro puro. Lo que se ha reprimido encierra una tremenda cantidad de energía y contiene un gran potencial positivo, así pues, por más perturbadora que pueda parecer, la sombra no es intrínsecamente mala, la negatividad del ego a comprender y aceptar la totalidad de nuestra personalidad es más responsable que la misma sombra en la etiología del mal.⁷

Para finalizar, ¿hasta cuándo nos aceptaremos como efectivamente somos?, seres completos, integrando nuestra sombra y asumiendo nuestra imperfección como entes antropológicos, sin temor a mostrarnos a los demás, narrando con transparencia nuestras vivencias con la COVID-19.

Referencia bibliográfica

- ¹ Jung, Carl, "Encuentro con la sombra. El poder del lado oculto de la naturaleza humana". Edición: Jeremiah Abrams y Connie Zweig. 1991
- ² Jung. *Op cit.*
- ³ Jung. *Op cit.*
- ⁴ Foucault, Michael, *El orden del discurso*. Ed. Tusquets. Esp. 1973
- ⁵ Zwig, Connie y Jeremiah Abrams. *El lado oscuro de la vida cotidiana*. Ed. Kairos. 1993
- ⁶ Vergara, Fernando J., "Gadamer y la hermenéutica de la comprensión dialógica: historia y lenguaje". *Revista de Filosofía*, núm. 69, 2011-2013, pp.74-93. Consultado el 15 de julio 2020 en: <https://produccioncientificcaluz.org/index.php/filosofia/article/view/18227/18215>
- ⁷ Jung. *Op cit.*